

# Epistemología y política Ensayos

Premio Hugo Zemelman 2023

José G. Gandarilla Salgado

Darío Salinas

Karina Batthyány

(coords.)



*Los trabajos que integran este libro fueron sometidos  
a una evaluación por pares.*

Epistemología y política : ensayos : premio Hugo Zemelman 2023 /  
Daniela Erazo... [et al.] ; Compilación de José Guadalupe Gandarilla  
Salgado ; Darío Salinas Figueredo ; Karina Batthyány. - 1a ed - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-824-4

1. Epistemología. 2. Ensayo. 3. Política. I. Erazo, Daniela II. Ganda-  
rilla Salgado, José Guadalupe, comp. III. Salinas Figueredo, Darío,  
comp. IV. Batthyány, Karina, comp.

CDD 306.2

Corrección de estilo: Emi Martín

Diseño de tapa: Dominique Cortondo

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

# Estado, poder y política en la obra de Hugo Zemelman

## Aproximaciones desde la experiencia de América Latina

*Hernán Ouviña*

*El pensamiento no se puede detener cuando la historia  
ensancha sus horizontes y complica las disyuntivas.*

—Hugo Zemelman

### **A modo de introducción**

El propósito de este ensayo es reconstruir y analizar los aportes que formula a lo largo de su obra Hugo Zemelman para pensar la especificidad del Estado, el poder y la política en y desde la realidad latinoamericana. Para ello, luego de reconstruir y periodizar brevemente su itinerario biográfico, nos valdremos en primer lugar de sus reflexiones centradas en la experiencia de la Unidad Popular, que lo marca a fuego a nivel vivencial, intelectual y político, estando él presente en ese mismo momento en Chile. Nos interesa indagar tanto en aquellas reflexiones y estudios elaborados

al calor de esta original apuesta de inicios de los años setenta en el país trasandino –que implicó hacer un uso transformador del aparato de poder estatal, procurando un cambio revolucionario a partir del empleo de la propia institucionalidad pública– como en las formuladas en tono autocrítico ya desde el exilio mexicano, territorio que funge de “mirador” privilegiado de las dictaduras contrainsurgentes, los Estados en crisis, las luchas protagonizadas por sujetos sociales, los gobiernos con vocación de cambio y las iniciativas contrahegemónicas desplegadas por voluntades colectivas durante el último medio siglo en la región.

Aspiramos a relevar y sopesar las sucesivas conjeturas e interpretaciones que Zemelman desarrolla en diversos libros, artículos, investigaciones y conferencias, poniendo el foco en su caracterización de la estatalidad, el poder y la praxis política latinoamericanas, y en la caja de herramientas que construye y sistematiza a nivel epistémico, con el objetivo de contribuir al análisis de coyuntura y al estudio detallado de las relaciones de fuerzas en cada realidad concreta y situada, aunque sin desatender los condicionamientos regionales, continentales y globales que signan a nuestras sociedades y las posibilidades de intervención activa en la historia por parte de las y los sujetos.

Una de nuestras hipótesis es que su obra brinda elementos teórico-metodológicos para el estudio del Estado entendido de forma compleja, dialéctica e integral, que dista de acotarse a un mero aparato de dominación o estructura, dando cuenta de sus contornos distintivos y sus particularidades, pero también de determinados rasgos en común. Partimos de una afirmación que formula en varios de sus escritos y que entendemos resulta importante profundizar en el presente ensayo: “no se trata sólo de comprender la naturaleza represiva del Estado”, sino de asumir que “una teoría del Estado requiere de una teoría de la naturaleza de la lucha política” (Zemelman, 1986, p. 61).

Precisamente su obsesión alrededor de la truncada experiencia de la Unidad Popular en Chile remite a que resultó ser única e

irrepetible, y en ella se lograron develar ciertas dimensiones de la realidad que, por lo general, tienden a mantenerse invisibilizadas. Por lo tanto, ahondar en los límites y potencialidades, en los obstáculos y capacidades de un proyecto que aspiró a revolucionar la realidad, disputar una nueva hegemonía y construir poder popular –aunque sin desmerecer al Estado y a la institucionalidad imperante como territorios conflictivos donde se dirimen proyectos diversos y hasta opuestos–, fue uno de los objetivos prioritarios de su reflexión teórica y militante.

De manera análoga, otro tópico recurrente en él fue el problematizar la política, en sus propias palabras, “más allá del quehacer operativo que la confina a la esfera del poder, para aprehenderla como conciencia de la historicidad del momento” (Zemelman, 1989, p. 18) y en tanto construcción de proyectos emancipatorios en el contexto mismo de las múltiples contradicciones que desgarran a nuestras sociedades, haciendo de la lucha y de la voluntad colectiva un pivote clave. En efecto, de acuerdo con Zemelman, cabe reconocer al menos dos acepciones posibles de la política. Por un lado, aquella que la concibe como mera administración o gestión de lo dado, que apunta a mantener el *statu quo* dominante; por el otro, la que refiere a un proyecto ideológico-político que involucra una visión de futuro, donde la dimensión referida a la administración de las cosas está subordinada a la definición de los espacios de construcción de las condiciones que tornen viable la concreción de dicho proyecto transformador.

Desde estas coordenadas, visitar la obra de Hugo Zemelman sobre la base de sus reflexiones y conjeturas alrededor del Estado, el poder y la política resulta un ejercicio urgente para actualizar el pensamiento crítico latinoamericano desde una perspectiva que pueda, a la vez, problematizar en qué medida la profundidad de las transformaciones sufridas en el último tiempo, así como el alcance y significado de las mismas, se ha entroncado de manera ineludible con los marcos que impone la estructura de dominación capitalista a escala global, continental y nacional, y con la

maduración de las condiciones subjetivas que hacen o no posible producir cambios sustantivos a partir del protagonismo popular.

## **Huellas de un itinerario vital: de la política a la historia (para volver a la política)**

A riesgo de resultar simplistas, podríamos invertir el título de uno de los libros más interesantes de Hugo Zemelman, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, para caracterizar su itinerario biográfico e intelectual en nuestro continente. Nacido el 7 de octubre de 1931 en el sur de Chile, y egresado de la Universidad de Concepción como abogado, su etapa más temprana de reflexión e indagación crítica coincide con un contexto de ascenso y creciente politización de las masas populares. Tras su paso por FLACSO, donde entre 1958 y 1961 cursa la maestría en Ciencias Sociales, como militante del Partido Socialista dirige desde 1962 hasta 1966 la revista *Arauco*, donde da a conocer a marxistas heréticos y referentes del pensamiento crítico tanto de América Latina como de otros continentes. En paralelo, se especializará en Sociología Rural en la Universidad de Wageninge (Holanda) y publicará algunos trabajos e investigaciones forjados desde esta disciplina crítica, en el marco del Centro de Planificación de la Universidad de Chile y del Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria.<sup>1</sup>

El período que se abre con el triunfo de Salvador Allende en septiembre de 1970 y su acceso, como parte de la Unidad Popular, al gobierno en noviembre de ese mismo año da inicio a los intensos mil días que dura esta experiencia única en el mundo, que intentará amalgamar socialismo y democracia desde una perspectiva original. Zemelman tendrá una activa intervención académica y

<sup>1</sup> Si bien su producción durante esta etapa inicial es más vasta, caben mencionar "Innovación y tipos de agricultores" (1963) "El trabajador no permanente" y "El predio como sistema de interacciones" (1966), así como su libro *El migrante rural* (1970), que contempló una primera versión mimeografiada en 1967.

política en esta coyuntura tan álgida, por lo que es un período no solo clave en su proceso formativo, sino que fungirá de momento constitutivo y referencia indeleble por el resto de su vida. La política lo marcará a fuego en estos años de creciente inestabilidad y lucha de clases, si bien previo a dicha coyuntura ya había participado de iniciativas de izquierda y de disputa de ideas en el campo intelectual. Tal como reconocerá él mismo en tono autobiográfico, “la reflexión sobre la teoría del conocimiento estuvo determinada por mi observación y vivencia de las experiencias políticas de Chile en los últimos años en la década de los 60, que me marcaron muy fuertemente” (Zemelman y Quintar, 2005, p. 114).

El golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet lo fuerza a finales de 1973 a exiliarse en México, lo que implicará un punto de no retorno (casi literal) en su devenir y el tránsito de la política a la historia, en el sentido de poder sopesar una y otra vez, cual paciente labor de orfebre, aquella experiencia directa vivida durante los años de la Unidad Popular para hurgar en los factores que abonaron su trágico desenlace. El Colegio de México, la UNAM, FLACSO y más tardíamente el IPECAL serán los principales ámbitos institucionales que lo cobijarán. Allí dictará cursos y seminarios, en simultáneo a coordinar investigaciones cada vez más volcadas hacia la problemática epistemológica y su relación con la teoría del conocimiento, aunque también frecuentará infinidad de otros espacios académicos y por fuera de la universidad, dictando conferencias, propiciando un permanente diálogo de saberes y tendiendo puentes con el pensamiento crítico-transformador.

No obstante, podríamos plantear como hipótesis que aquella genuina obsesión por entender –en clave autocrítica– la derrota de lo que supo ser una apuesta política excepcional por parte de la Unidad Popular oficia como filigrana de pregunta generadora a lo largo de su obra, algo equivalente al recuerdo de ese pasado fulgurante del que nos habla Walter Benjamin (de quien es deudor y admirador Zemelman), el cual osa relampaguear como “instante de peligro” en un presente cargado de potencialidad y abierto a

múltiples direcciones (Benjamin, 2007). Como veremos, la necesidad de pensar de manera articulada y a la vez lograr diferenciar al Estado, el poder y la praxis política, desde una concepción no esquemática ni determinista de la historia, y en función de los desafíos y complejidades que ha asumido en América Latina la constitución de sujetos sociales, es otra de sus apuestas intelectuales más fructíferas.

En su ensayo-novela titulado *Nada que esperar. Historia de una amistad política*, Sebastián Scolnik (2021) recupera una provocativa afirmación de Paolo Virno que le calza a la perfección a Hugo Zemelman: “solo se tiene una experiencia política una vez en la vida”. En efecto, todo lo que vino después en su vida estuvo tamizado por esos mil días donde lo extraordinario pareció devenir algo cotidiano, sellando de forma indeleble su sensibilidad y su manera de ver el mundo y la vida misma hasta el final de sus días. Sin duda, Zemelman dialoga en diferido con aquella generación de la que fue parte (y que, en muchos casos, quedó amarrada al pasado), pero en especial interlocuta con las nuevas generaciones que azuzan el pensamiento crítico y la construcción de la historia desde abajo, en función de una praxis dialógica que contribuya a la construcción de voluntades colectivas y recupere la raíz que lo hizo nacer, sin “la seguridad del nombre repetido por haberlo heredado” (Zemelman, 2011, p. 48).

El suyo es un gesto que intenta escamotear tanto el fatalismo como aquello que Enzo Traverso llama “melancolía de izquierda”. El presente –su presente como exiliado que reflexiona desde la cruenta derrota, aunque para recomenzar la lucha por otros medios– había cancelado de forma violenta y abrupta ese pasado candente, por lo que, de acuerdo a él, de lo que se trataba era de recrearlo de una manera no lineal ni condescendiente, sin que ello redundase en un eclipsamiento de la utopía. Ejercitar la memoria evitando caer en el derrotismo, cepillar esas coyunturas plagadas de momentos sinuosos y de bifurcaciones, de ascensos y reflujos, de equívocos y aciertos, de tropiezos y sinsabores, de jolgorios y

pesadumbres, pero siempre a contrapelo y sin miramientos, para que el necesario *duelo* abone a “repensar el proyecto revolucionario en una era no revolucionaria” (Traverso, 2018, p. 55).

### **Estado, relación de fuerzas y transición al socialismo: enseñanzas de la experiencia chilena**

Aun cuando Zemelman reflexione “en caliente” acerca del proceso vivido en Chile entre 1970 y 1973, volcando durante esos tres años sugerentes hipótesis y señeros análisis en algunos artículos y documentos (donde intentará dar cuenta, al calor mismo de los acontecimientos, de los vaivenes y desventuras acaecidas en su país natal, atendiendo sobre todo a la realidad del campesinado, los partidos y los proyectos políticos en pugna),<sup>2</sup> será recién a partir de su exilio en México que produzca un balance pormenorizado y autocrítico de aquella apuesta democrática de transición al socialismo.

Esto lo llevará a replantear –o acaso profundizar en– su concepción del Estado, el poder y la política, al punto de configurar un trípode fundamental en su obra, del que sin embargo poco se ha dicho hasta ahora en términos interpretativos. Más aún, podemos arriesgar que, si no se auscultan y definen con rigurosidad estas categorías en su encadenamiento dialéctico y desde el prisma de la totalidad articulada, resulta cuanto menos difícil desentrañar la epistemología y la perspectiva filosófica de Zemelman en un sentido más profundo e integral.

<sup>2</sup> Entre ellos se destacan el libro *Génesis histórica del proceso político chileno* (en coautoría con Enzo Faletto y Eduardo Ruiz), dentro del cual publica el trabajo titulado “El movimiento popular chileno y el sistema de alianzas en la década de 1930”, y los artículos “El comportamiento de la burguesía chilena en el primer año de gobierno de la Unidad Popular”, “Proyección de la reforma agraria: el campesinado y su lucha por la tierra” (en coautoría con James Petras) y “Factores determinantes en el surgimiento de una clase campesina” (este último integrando el libro *El campesinado: clase y conciencia de clase*, en coautoría con David Lehmann).

Como ya adelantamos, el proceso político vivido en Chile durante los mil días que duró el gobierno de la Unidad Popular resultó para Hugo Zemelman un parteaguas en su derrotero intelectual e investigativo.<sup>3</sup> Su vivaz participación como nexo entre el poder ejecutivo liderado por Allende y ciertas instancias universitarias (que lo lleva a asistir como representante del gobierno a la Asamblea de FLACSO celebrada en París en junio de 1971) no le impedirá formular una lectura crítica –en pleno proceso en curso– del accionar a más largo plazo de los dos principales partidos de la coalición. Los Partidos Socialista y Comunista, dirá en un artículo publicado en *Cuadernos de la Realidad Nacional*,

han servido de puentes para que se incorporen a la alianza de poder diferentes grupos medios excluidos y, poco a poco, han facilitado el hecho de que otro tanto ocurra con los obreros. Nunca han puesto esta alianza en real peligro; por el contrario, creemos que con su política de inserción institucional han contribuido a ampliar su base de apoyo (Zemelman, 1972c, p. 27).

Haciendo un detallado racconto histórico, pondrá en evidencia cómo estos partidos ya desde la década del treinta “buscaban participar en el poder sin romper la estructura de poder” (Zemelman, 1972c, p. 26). De ahí la apelación a un concepto sugerente como el de *inserción institucional*, al que define a partir de “la dependencia funcional de los partidos de izquierda del sistema, lo que ha llevado a que se permeabilicen de las ideologías dominantes y, de este modo, se hagan parte de las formas de hegemonía” (Zemelman, 1972c, p. 27).

Más allá de esta caracterización, admite que uno de los problemas por resolver es el de la *dirección política* del proceso, que no niegue la movilización ni las posibilidades de enfrentamiento, pero que tampoco redunde en aislamiento, disputa fratricida,

<sup>3</sup> Aunque pueda resultar anecdótico, es interesante recordar que Zemelman supo crear un Archivo de Prensa de la Unidad Popular en México y que se encontraba trabajando activamente en él hasta el día de su partida.

desgaste interno o enemistad con ciertos sectores medios y populares que no hacen parte orgánica del bloque político gobernante. Quebrar los ciclos de lo que Zemelman define en clave gramsciana como *revoluciones restauradoras* –esto es, “coyunturas de cuestionamiento aparente y de real integración al *statu quo*”– es un desafío mayúsculo que afrontarán la Unidad Popular y las fuerzas sociales que la constituyen, durante esos intensos años de agudización de la lucha de clases.

Al poco tiempo de arribar a México, y derrota mediante, Zemelman publicará dos extensos trabajos donde intentará –desde el distanciamiento crítico– “captar el sentido general de los hechos estudiados casi durante su mismo acontecer” (Zemelman, 1974b, p. 3). Por un lado, *El proceso chileno de transformación y los problemas de dirección política (1970-1973)*, editado como Cuaderno por el Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México; por el otro, el artículo titulado “El nudo gordiano de la vía chilena al socialismo”, elaborado pocas semanas antes del golpe y que saldrá tras este en la revista *Nueva Sociedad*, en el que realizará una reconstrucción pormenorizada del período transcurrido entre octubre de 1972 y agosto de 1973, aunque remontándose a momentos previos y extrayendo enseñanzas a nivel general.

Lo que se destaca en ambos es una propuesta de *análisis de coyuntura* que dista de reducirse al estudio detallado de la mera realidad “empírica”. Antes bien, brinda reflexiones en torno a la cognoscibilidad y herramientas metodológicas para reconstruir e interpretar un proceso o totalidad temporal (es decir, una concate nación de coyunturas concretas), dotando de sentido a los hechos que las constituyen y dando cuenta en toda su riqueza de la correlación de fuerzas sociales en lucha en cada una de ellas.<sup>4</sup> Zemelman se encarga de aclarar que

<sup>4</sup> Como expresará luego en su libro *De la historia a la política*, se trata de “un conocimiento capaz de captar la dinámica histórica en un ‘presente’, que resulta de las relaciones que se establecen entre las diferentes fuerzas sociales. Por esta razón, si el conocimiento de los procesos históricos consiste en una reconstrucción de tendencias

[c]ada coyuntura no es posible de precisar en sus límites de iniciación y término; pero lo que sí cabe determinar es qué hecho, estructura o proceso, culmina en ella; o bien, qué es lo que comienza en ella para proyectarse en el desenvolvimiento futuro de los acontecimientos. Es posible que en una coyuntura se manifieste un fenómeno sin que puedan constatarse sus antecedentes o las determinaciones que tenga sobre otros hechos por acontecer en el futuro, lo que puede estar apuntando a la discontinuidad de los procesos o a sus transformaciones cualitativas que hacen difícil establecer las concatenaciones internas necesarias. En todo caso siempre es posible determinar el punto de crisis que sirve como criterio para determinar su particularidad histórica como momento de un proceso más comprensivo y de duración temporal más extensa (Zemelman, 1974b, p. 4).

Una cuestión fundamental en todo análisis, de acuerdo a Zemelman, estriba en poder delimitar *el plano de la lucha de clases*, esto es,

el nivel de la realidad propia del complejo de estructuras sociales y culturales, a través de las cuales se despliega, cada una de las cuales es parte de la totalidad social pero que sirve de base a contradicciones específicas que determinan el comportamiento de la clase y mediatizan la relación entre ellas (Zemelman, 1974b, p. 5).

Estos planos en que las clases despliegan sus luchas permiten dar cuenta del tipo de prácticas que dinamizan los agentes sociales y las diversas organizaciones, así como de sus posibilidades de imprimir(le) una (u otra) dirección al proceso histórico vivido. Las

---

histórico-genéticas [...] también se debe reconocer que en el marco de esta reconstrucción se contienen los momentos coyunturales que requieren de una particular atención. Es a partir de este doble plano del conocimiento que podrían rescatarse las 'historias posibles' de las que hablaba Braudel. Lo dicho supone que las descripciones históricas deben ser capaces de reconocer los momentos de inflexión constituidos por los sujetos sociales que luchan por imponer sus proyectos de sociedad. Si nuestra intención es pretender dar cuenta del futuro, el desafío que enfrentamos es el de impulsar como alternativa el análisis de esos momentos de inflexión en el presente y no solamente a través de una reconstrucción retrospectiva, propia del análisis historiográfico" (Zemelman, 1989, pp. 111-112).

condiciones en que una clase pueda alcanzar su propia unidad interna o cohesión (o, por el contrario, tender a la fragmentación, que en sus escritos maduros llamará “desconstitución”) y las formas históricas que asuma la lucha (por ejemplo, insurreccional o electoral) van a condicionar el plano. A su vez, otra arista a contemplar son las *estructuras políticas* (por caso, los partidos o gremios) en que se plasma o condensa la representación de las clases, fracciones y grupos, que de acuerdo a Zemelman tienen una gran importancia coyuntural en la experiencia chilena.

Sería infructuoso describir minuciosamente la reconstrucción que realiza de los hechos, disputas, movilizaciones, alianzas, choques y realineamientos correspondientes a las diferentes coyunturas que configuran al período analizado. Sí nos interesa recuperar algunas de sus principales reflexiones e hipótesis que tienen enorme vigencia para el contexto actual de nuestra región, y en particular para formular un balance crítico de los gobiernos que, al menos desde finales de la década de noventa del siglo XX, han configurado lo que hemos definido como Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (Ouviaña y Thwaites Rey, 2019).

Zemelman parte de reconocer que, si bien el triunfo electoral de Allende es producto más de una división de las clases dominantes que de una iniciativa y habilidad estratégica de la Unidad Popular, en el primer período de gobierno la burguesía se muestra desunida y desorientada, a pesar de lo cual la coalición de fuerzas de izquierda desaprovecha esta situación coyuntural y no intenta “elevar el plano de la lucha a nuevas formas de organización capaces, no sólo de servir de contrapoder al detentado por la burguesía, sino de movilización ideológica para romper con las deformaciones de la economía de consumo” (Zemelman, 1974b, p. 26). Lejos de una caracterización economicista de las clases, su interpretación parte de reconocer que “la clase social constituye un fenómeno total, que

incluye tanto las condiciones de base como a las formas de expresarse en la superestructura” (Zemelman, 1986, p. 88).<sup>5</sup>

En efecto, la política distributiva de ingresos, que el gobierno de Allende impulsa inicialmente, terminó generando un desfase entre el proceso político y el económico, ya que la intensificación de la tendencia al consumo redundó en un afianzamiento de los patrones ideológicos dominantes, asentados en una materialidad de la vida social coconstitutiva de la hegemonía burguesa. Al no producirse un ejercicio de poder efectivo por parte de las y los trabajadores, ni tampoco una participación sustancial en las decisiones que permitiesen sustituir unas necesidades por otras (lo que involucraría, a la vez, otro tipo de racionalidad y un alto grado de conciencia política), dichas presiones sobre el consumo contribuyeron, “mejor que ningún bloqueo, al fracaso de una política de cambios estructurales” (Zemelman, 1974b, p. 12).<sup>6</sup>

<sup>5</sup> “Cuando un proceso revolucionario no destruye la institucionalidad dominante – advertirá– sino que se apropia parcialmente de ella (como fue el caso de la experiencia chilena), la intensidad de la ofensiva ideológica es la que marca la intensidad y rapidez del proceso revolucionario y no las medidas que operan en el trasfondo económico. El eficiente uso que se haga de los recursos institucionales disponibles asume una importancia fundamental para impulsar al proceso revolucionario” (Zemelman, 1986, p. 97). En un interesante texto póstumo –redactado poco antes de su fallecimiento y en conmemoración de los cuarenta años de la experiencia de la Unidad Popular–, Zemelman retomará las principales hipótesis de sus escritos tempranos centrados en el análisis de coyuntura de aquel período, para reafirmar que “la importancia de la estructura de poder reside en que la única forma de frenar la inercia cultural dominante es la participación en el ejercicio del poder de los nuevos grupos sociales emergentes. En este sentido, una de las principales tareas del Poder Popular (ya sea que se tratara de la porción de institucionalidad vigente apropiada por las fuerzas populares, o bien de las nuevas formas de organización surgidas por efecto de la presión por participar) era orientar una lucha ideológica para superar la etapa de la economía de consumo y sustituir sus necesidades por otras a partir de la práctica de decisiones de los propios grupos participantes” (Zemelman, 2013, p. 29).

<sup>6</sup> Décadas más tarde, en una conferencia dictada nada menos que en La Paz en 2008, en el marco del seminario internacional “Pensando el mundo desde Bolivia” y apoyándose en las afirmaciones epistémicas de Marx, insistirá acerca de este elemento problemático a partir de una pregunta generadora: *¿cómo entender las lógicas económicas desde el punto de vista de la cultura?* “Antes de decir ‘hay que transformar el capitalismo’, antes de eso, estamos entendiendo cuáles son las fortalezas y las debilidades del capitalismo analizado, no solamente en términos puramente económicos –ese

Esta gravitación de la dimensión ideológica, según Zemelman, resulta un factor explicativo –a nivel más general– de las contradicciones que atraviesan a las capas medias y a los grupos denominados instrumentales. Su comportamiento durante el período que se inicia con el gobierno de la Unidad Popular estará signado por un amplio consenso en torno a la institucionalidad y al sistema de dominación vigente, cuya expresión máxima es el propio Estado. La insistencia en el orden, la jerarquía, la seguridad y la oportunidad individual, la técnica y la eficiencia en oposición a la ideología y el cambio son todos valores que apuntalan una ideología de “centro” o “mesocrática”, que crece en paralelo al desarrollo de una superestructura institucional donde la burguesía continúa situándose en una posición de privilegio.

En simultáneo, estos sectores medios se vuelcan hacia fracciones burguesas –producto de cierto sectarismo del gobierno y de su reticencia a generar puentes y alianza con ellos–, cohesionando al bloque dominante, por contraste a una marcada división y falta de coherencia de la *dirección* política del proceso encabezado por la Unidad Popular. Zemelman parte de una certeza que lo acompañará a lo largo de su vida como la sombra al cuerpo:

no hay ningún determinismo intrínseco al proceso que explique su desenlace, así como no lo hubo para explicar el éxito de la revolución cubana. Un proceso revolucionario está condicionado por un cúmulo de circunstancias mayores, y con gran frecuencia, por múltiples casualidades –casi insignificantes, miradas desde una perspectiva histórica– que, sin embargo, deben ser canalizadas por una voluntad coherente: la dirección política. En verdad, así como los bolcheviques pudieron remontarse sobre los obstáculos e instaurar un poder revolucionario en Rusia, también así una falta de

---

análisis se ha hecho– sino desde el punto de vista de los obstáculos que al funcionamiento económico le oponen sus patrones culturales, las inercias, las tradiciones, las capacidades de los actores de apropiarse identidades, de apropiarse memorias para construir futuro” (Zemelman, 2010, p. 352).

dirección política coherente impidió que en Chile un triunfo pudiera llegar a convertirse en revolución (Zemelman, 1986, p. 87).

Asimismo, una debilidad estratégica adicional que resalta Zemelman en su análisis es que la lucha de clases, salvo breves momentos y situaciones puntuales (como la generada frente a la crisis de octubre de 1972 y el boicot patronal, donde emergen con fuerza embriones de poder popular en fábricas y poblaciones, como los Cordones Industriales), continuó desarrollándose dentro de la institucionalidad estatal que era ventajosa para la alianza burguesa. A lo que se agrega el hecho de que los partidos de izquierda más importantes de la coalición (el PC y el PS) carecían de cuadros políticos idóneos para manejar el aparato administrativo del Estado, desconociendo la mayoría del funcionariado del gobierno la rutina burocrática cotidiana, sin capacidad para comprender tanto sus límites endógenos como su específica racionalidad y su función indispensable en la coyuntura del proceso, llegando incluso a disfrazar con un “ideologismo revolucionario” lo que era inexperiencia y muchas veces incapacidad. De esta forma,

*la esquizofrenia de la dirigencia política del movimiento popular (el hecho de colocarse ideológicamente fuera de la institucionalidad del Estado, aunque objetivamente se estuviera dentro, utilizando sus mecanismos) produjo, por una parte, una incapacidad de acción efectiva del gobierno, y por otra, gestó en el plano de la ofensiva ideológica un cuestionamiento anticipado de toda su estructura, precipitando así –por consiguiente– un antagonismo con los grupos sociales que reconocían su base de existencia en ella (principalmente burocratas y militares) (Zemelman, 1986, p. 91; destacados nuestros).*

Plantear la polarización de las fuerzas sociales en el marco del esquema favorable para que la burguesía mantenga su cohesión interna (traducido como un respeto irrestricto de las reglas de juego democrático-liberales), dejando en un segundo plano “la creación de una nueva institucionalidad, que no sea sino la formalización del embrión de poder popular”, configuró un grave error

que terminó desembocando en una brecha institucional entre dos poderes legítimos en pugna: el ejecutivo, encabezado por Allende, y el legislativo, que devino en la última fase del período en un efectivo cogobierno, donde la burguesía supo jugar sus cartas mediante un “verdadero bonapartismo colegiado” (Zemelman, 1974b, p. 42). Más que el surgimiento de una dualidad de poderes entre la burguesía y el proletariado (situación que cobraba fuerza en el plano ideológico o propagandista, pero resultaba endeble aún en los hechos),<sup>7</sup> se generó una dualidad que se expresó ante todo en la propia descomposición o paralización del Estado.

En este sentido, acaso uno de los dilemas más trágicos de esta experiencia tan potente haya sido el tándem legalidad-ilegalidad, que para Zemelman constituyó un “zapato chino”, es decir, un problema/trampa de la que no se logró salir. Esta ambivalencia, sumada al temor fundado de una inminente “guerra civil” que el gobierno intentaba infructuosamente conjurar, produjo en el seno de las Fuerzas Armadas una inclinación cada vez mayor hacia los intereses de clase de sus componentes (enlazados con la fracción más reaccionaria de la burguesía), más allá del carácter y papel de grupo de presión que supieron ostentar a nivel histórico, cerrándose así el “cerco institucional” del propio gobierno de Allende. Ante este escenario, su desarme fue por cierto militar, pero sobre todo teórico-político y de índole subjetivo.

<sup>7</sup> El poder popular, dirá, resultó ser “más imagen ideológica que estructura orgánica [...]. La falta de organicidad real fue sustituida por una hipertrofia de imágenes que –en el fondo– le hacían el juego a la burguesía, precipitando una polarización favorable a sus intereses. En este sentido, la ausencia de una correspondencia entre las medidas de organización de la fuerza social y la política de comunicaciones –orientada a crear simples imágenes, sin un fundamento en los hechos– contribuyó a fortalecer la alianza ideológica de la burguesía y a aislar al proletariado” (Zemelman, 1986, pp. 103-104). Una vez más, esta caracterización crítica mantiene una enorme vigencia al momento de sopesar las experiencias latinoamericanas emparentadas con el llamado “socialismo del siglo XXI”.

## Los regímenes de excepción y el debate en torno al fascismo en América Latina

Aunque Zemelman volverá una y otra vez a reflexionar acerca de la truncada experiencia chilena, durante la segunda mitad de la década del setenta y la primera de los ochenta se abocará al estudio y la interpretación de los llamados *regímenes de excepción*, instaurados a sangre y fuego en buena parte de América Latina. Desde ya que el trasfondo de esta inquietud será dilucidar el tipo de dictadura que interrumpió aquella vía democrática al socialismo liderada por la Unidad Popular, aunque su aspiración trascienda lo propiamente local e intente dar cuenta de una tendencia en curso a nivel regional.

La sucesión de golpes militares y el quiebre de los regímenes democrático liberales, incluso en países con larga estabilidad institucional como Uruguay y Chile, lo obliga a formular el siguiente interrogante en su artículo titulado “Acerca del fascismo en América Latina”:

¿son los regímenes militares fórmulas de transición política marcadas por un reajuste en las correlaciones de fuerzas, o bien, constituyen los embriones de nuevas formas de Estados de excepción, capaces de crear las condiciones políticas necesarias para el predominio de una burguesía vinculada a los intereses del capital extranjero? (Zemelman, 1986, p. 15).

El esclarecimiento de la naturaleza de estos regímenes supuso por aquellos años un acalorado y prolongado debate, tanto académico como estrictamente político, que incluyó desde analogías con el fenómeno fascista europeo hasta la apelación a novedosos conceptos y variados neologismos, tales como “regímenes autoritarios corporativos”, “fascismo criollo”, “fascismo dependiente”, “partido militar” o “Estado contrainsurgente”. Como reconocerá de manera apasionada Leopoldo Zea, “fue el golpe de los gorilas chilenos del 11 de septiembre de 1973 el que ha relanzado el problema del

fascismo. Un fascismo que vuelve con mayor ferocidad” (Zea, 1976, p. 149).

En esta senda, ciertos marxistas como el ecuatoriano Agustín Cueva hicieron un uso liso y llano del concepto para “llamar a las cosas por su nombre”, ya que lo esencial del fascismo es “su naturaleza de clase” y el cambio que generan las fuerzas del Estado, lo que no cierra en modo alguno “las posibilidades de análisis de cada situación nacional, con todas las determinaciones específicas y peculiaridades que puedan presentar” (Cueva, 1978, p. 17). Por contraste, en otros casos se optó por tomar distancia de esa caracterización por considerarla equívoca, en la medida en que su trasposición a la realidad latinoamericana omite el significado histórico y concreto de dicha categoría, en tanto tiene sus raíces en un fenómeno que supo expresarse en su forma acabada en Italia y Alemania (Borón, 1977; Zavaleta, 1976).

En el caso de Hugo Zemelman, en diferentes textos reflexionará sobre esta problemática desde una perspectiva que, sin perder originalidad, intentará nutrirse del bagaje conceptual y las categorías de ciertos clásicos del marxismo, entre los que se destaca Antonio Gramsci.<sup>8</sup> Teniendo como trasfondo la crisis de la democracia en sus formatos liberales y civiles —especialmente después del golpe brasileño de 1964—, y diferenciando estos regímenes de los típicos “cuartelazos”, se preguntará acerca de su viabilidad en tanto y cuanto la clase burguesa no logra ya asegurar su hegemonía y “es cada vez menos una clase dirigente”. Es en este contexto, dirá, “donde debemos situar la discusión del concepto de fascismo en América Latina, por cuanto representa un intento por encontrar nuevas formas de dominación hegemónica de la burguesía en crisis” (Zemelman, 1986, p. 16).

<sup>8</sup> La mayor parte de esos artículos, aparecidos en sucesivas revistas, fueron incluidos más tarde por Zemelman en la primera parte de su libro *Estado, poder y lucha política*, publicado en México a mediados de los años ochenta (Zemelman, 1986).

Si bien no desmerece aquellas interpretaciones que califican como fascistas a estas dictaduras de nuevo tipo, reconoce la necesidad de definir el carácter *específico* que asumen dichos regímenes en la región vis a vis la experiencia histórica y la caracterización teórica del fascismo en Europa. Para ello, delimita los principales elementos y temas alrededor de los cuales tendió a girar la discusión, a saber: 1) sistema político, ejercicio del poder y legitimación; 2) base social y función histórica que cumple; y 3) dinámica de su evolución.

Zemelman describe las cualidades esenciales del proceso clásico de fascistización, entre las que se destacan el ser un régimen unipartidista, contemplar una activa intervención del poder público en la vida económica y una gran independencia frente a la antigua élite gobernante, así como el tener de base un amplio movimiento de masas antiliberal conformado por sectores desclasados de todas las clases. Luego de contrastar estos rasgos con los correspondientes a otros regímenes de excepción (en especial el *bonapartismo*, con el cual tiene notables diferencias, aunque ostente en común el alto grado de autonomía que adquiere el aparato del Estado), reconoce que en Chile –acaso el régimen militarista-burocrático más asociado con el fascismo– están presentes algunos elementos emparentados con esta experiencia clásica, pero otros no menores se encuentran ausentes: no se ha organizado un movimiento de masas cuya función sirva para legitimar la nueva dominación, ni se ha estructurado un partido que constituya el centro de las supremas decisiones, a lo que habría que agregar la carencia de factores carismáticos, siendo el giro de toda su política de carácter oligárquico. Adicionalmente, tampoco se observan las etapas típicas de los procesos de fascistización, e incluso el punto de arranque de la dictadura chilena ha sido el inverso (Zemelman, 1986, pp. 27-30).

Atendiendo a estas cuestiones, Zemelman advierte acerca del peligro de “caer en la simplicidad de las tipologías que tienden a aislar las formas políticas de dominación de la naturaleza y

dinámica propias de las clases” (Zemelman, 1986, p. 24). Cada una de ellas, agrega, deben ser entendidas como “formas políticas coyunturales en la historia general de la dominación-hegemonía burguesa”, por lo cual lo importante “es la *capacidad estratégica* de la clase dominante para avanzar en la defensa de su reproducción, a lo largo de las distintas coyunturas marcadas por sus crisis de hegemonía” (Zemelman, 1986, p. 24; destacados nuestros).<sup>9</sup> La hipótesis que subyace a su análisis es que según sea la naturaleza de la crisis orgánica será la solución posible alcanzada, por lo que este tipo de “Estado autoritario militar” puede leerse como una respuesta a la crisis general vivida en la región.

En efecto, estos regímenes de excepción pusieron en evidencia los límites de la dominación liberal representativa, así como una incompatibilidad manifiesta entre la acumulación capitalista y la necesidad de legitimación (expresada, según Zemelman, en la llamada crisis fiscal y de representación). Retomando a marxistas contemporáneos como James O’Connor (1974), argumentará que esta contradicción interna al Estado burgués entre las exigencias del proceso de acumulación y las de legitimación tendió a provocar una esterilidad del propio Estado, tornando imperiosa la reestructuración de este como sistema de dominación (Gold, Lo y Wright, 1977). De ahí que concluya que “nos enfrentamos con una coyuntura de profundas consecuencias políticas y de indudables repercusiones teóricas en relación con el problema del Estado” (Zemelman, 1980a, p. 1057).

De acuerdo con su lectura, las presiones e impactos de los sectores populares sobre el Estado (en particular del movimiento obrero organizado) fueron configurándolo como un *lugar de conflictos* y no solo un “simple producto de los intereses capitalistas”. Ello trajo aparejado que el Estado asumiera cada vez más caracteres

<sup>9</sup> Por cierto, este planteo tiene interesantes puntos de contacto con las hipótesis formuladas por Norbert Lechner (1977), Juan Carlos Portantiero (1977) y Guillermo O’Donnell (1982) en lo atinente al llamado “nuevo autoritarismo” y la crisis del Estado en su conjunto en tanto *crisis de hegemonía*.

que le son propios de la necesidad de legitimación, lo que sumado a la intensificación de las pugnas interburguesas dio lugar a un proceso de desequilibrio entre los poderes estatales que influyó en la pérdida de eficacia de su acción, donde –siguiendo a Claus Offe– los mecanismos de regulación internos del Estado terminaron perdiendo su funcionalidad. Así, las estructuras representativas de la dominación “fundadas en el juego institucionalizado entre las clases, en la capacidad cooptativa de la clase dominante, que dieron su carácter a un largo período del capitalismo, han entrado en crisis” (Zemelman, 1978b, p. 847). Zemelman concluirá que

se comienza a desvirtuar el Estado como instrumento para transformarse en un gran escenario en el que despliegan su lucha política las diferentes clases. Pero, por lo mismo, con ello se estructura una situación en que ninguna clase domina como para impulsar su propia política con exclusión de todo otro interés de clase o de fracción que sea contradictorio con el propio (Zemelman, 1980a, p. 1056).

Un interrogante no menor que signa sus reflexiones de finales de los años setenta es si este fenómeno es “una mera expresión coyuntural de la historia política, o se vincula a procesos más profundos y, por lo mismo, más perdurables” (Zemelman, 1978b, p. 831). Ante esta pregunta, responde que los regímenes militares no son fórmulas de transición, sino que “constituyen los embriones de una nueva forma de Estado correspondiente con el predominio de una burguesía vinculada al capital extranjero”, donde las Fuerzas Armadas asumen el papel de la nueva clase política, aunque sin dejar de lado sus propios intereses estamentales (Zemelman, 1978b, p. 835).

Al mismo tiempo, postulará que este tipo de formas de dominación represiva sin capacidad de legitimidad (o carentes de hegemonía y de consenso activo) dan inicio a un período de considerable inestabilidad, lo que no niega que el establecimiento de estos gobiernos militares obedezca a “proyectos ideológicos estructurados

y coherentes, con objetivos estratégicos claros”, por lo cual no cabe definirlos como expresiones puramente coyunturales (Zemelman, 1978b, p. 837). La disyuntiva que queda flotando en el aire es “¿hasta cuándo puede mantenerse un régimen de dominación pura sin hegemonizarse?” (Zemelman, 1980a, p. 1068). Las respuestas, evidentemente, más que conjeturas teóricas, ameritan para él estudios concretos. No obstante,

el conocimiento que se alcance no es ajeno a la dirección que tome el proceso de la historia en la medida en que puede influir en la definición de las estrategias adecuadas a la coyuntura. Por eso creemos correcto el planteamiento orientado a considerar que *una teoría del Estado requiere de una teoría de la naturaleza de la lucha política* (Zemelman, 1980a, p. 1069; destacados nuestros).

Desde esta perspectiva, en otros textos redactados ya en la segunda mitad de la década del ochenta, y frente a un militarismo persistente pero en crisis en Chile y otras latitudes, Zemelman cifrará sus esperanzas en la apuesta por “el surgimiento de un movimiento social popular altamente organizado y homogéneo ideológicamente en torno de una política de construcción socialista de la democracia” que, dotando de centralidad a la autonomía de su proyecto histórico, pueda plasmarse en “un proceso de avance constante en todos los planos de la vida nacional a través de formas de organización y prácticas políticas cotidianas que constituyan una anticipación clara y tangible de la nueva sociedad” (Zemelman, 1990, p. 298).

### **La sopa cósmica: pensar al Estado y al poder más allá de sus dimensiones cristalizadas**

Es indudable que la reflexión en torno a la problemática del Estado y el poder es una constante en la obra de Hugo Zemelman. Sin embargo, será a finales de la década del setenta que se aboque a

la elaboración de un texto dedicado especialmente al primero de ellos. Bajo el título “Acerca del estudio del Estado: Notas metodológicas”, el artículo inicia con un epígrafe de Lenin aludiendo a lo complicado y difícil que resulta el análisis y la comprensión del fenómeno estatal,<sup>10</sup> para en sus primeros párrafos lanzar una serie de provocativas preguntas que vale la pena reproducir: *¿Qué significa discutir acerca del Estado? ¿Hay una problemática del Estado o, más bien, lo que hay es una problemática de la regulación de las fuerzas sociales?*

Zemelman destaca dos conceptos que se amalgaman y considera claves para evitar caer en las deformaciones teóricas que “convierten al Estado en una estructura establecida que las clases tratan de disputarse”: *fuerza y praxis social*. Fiel al punto de vista marxista de la totalidad –del que hablaremos más adelante–, aspira a no cosificar al Estado ni encapsularlo como entidad autosuficiente y externa a las relaciones de producción y los antagonismos que desgarran a la propia sociedad. Por ello privilegia las *fuerzas sociales* actuantes que, constantemente, despliegan nuevas formas para regular sus relaciones y se manifiestan a través de variados medios y en distintos planos de la realidad.<sup>11</sup> No solo permiten

<sup>10</sup> “El problema del Estado es uno de los problemas más complicados, más difíciles y, quizás, el más embrollado por los hombres de ciencia, los escritores y los filósofos burgueses” (Lenin, citado en Zemelman, 1979, p. 1041).

<sup>11</sup> “La reducción del Estado a un objeto teórico hace que se pierda la riqueza que pueda tener su análisis desde el ángulo de las fuerzas sociales. No obstante, debemos reconocer que la Ciencia Política se orienta precisamente por una perspectiva conceptualista y formal, olvidando que sus instrumentos conceptuales son decantaciones teóricas de las prácticas mediante las que las fuerzas sociales materializan la permanente transformación del Estado como instancia en que se regulan sus relaciones” (Zemelman, 1979, p. 1043). Al respecto, intuimos que Zemelman leyó –y acaso debatió con él– los textos y borradores elaborados por Juan Carlos “Lito” Marín en torno a la noción de fuerza social y polaridad en los procesos de formación y disputa del poder. Marxista argentino que vivió en Chile durante el período de la Unidad Popular y fue detenido en el Estado nacional tras el golpe del 11 de septiembre, Marín logra ser liberado y retorna a la Argentina, pero el golpe del 24 de marzo de 1976 lo obliga a exiliarse nuevamente, en esta ocasión en México, donde coincide por segunda vez con Hugo Zemelman. De acuerdo a su interpretación, los sujetos son las clases sociales y se constituyen en la lucha misma, mediante *enfrentamientos*. Así, “la lucha de clases se

entender el origen relacional del Estado, sino que habilitan una lectura que pone el foco, más que en su reproducción, en las posibilidades de desnaturalizarlo, desde el cuestionamiento, la disputa y/o la impugnación, en la medida en que la dominación tiene como reverso fundante a la resistencia y la lucha política, por definición abierta.

El problema, según él, es que por lo general el Estado “ha sido objeto de teorizaciones que tendieron a transformarlo de problema real en un concepto altamente formalizado, con los que se niega que sea una construcción permanente de la dinámica que resulta de la relación entre fuerzas sociales” (Zemelman, 1979, p. 1043). No es posible, pues, desvincular la discusión acerca del Estado del *para qué* del análisis. Cómo se lo estudie, desde qué enfoques, con qué propósito, va a marcar énfasis diferentes en los elementos constitutivos del Estado, conectados con un interés específico –o punto de vista– y lo que se quiera hacer con el conocimiento alcanzado. Este vínculo estrecho entre teoría y práctica, entre conocimiento crítico (del presente en tanto devenir social) y acción intencionada (mediante la cual los seres humanos transforman la realidad), ha sido denominado por Marx como *praxis*.

Vinculado con esto, una segunda premisa que postula Zemelman es que “el Estado constituye una materia de estudio que no es ‘pasiva’ como algunos han caracterizado a la ‘materia’ en su relación con el sujeto social”. Por el contrario, es un “ámbito de la realidad social que no está dado en el sentido de despegado del conjunto de la sociedad pues, aunque se caracterice por una tendencia creciente a cierta autonomía, está objetivamente articulado

---

realizaría a través del enfrentamiento entre fuerzas sociales en pugna”, aunque este choque no se dé en forma directa entre las clases, sino mediante fuerzas sociales. Ello implica “analizar la lucha de clases como proceso social total, más amplio”, asumiendo que el sujeto es una *fuerza social* de carácter moral y material, y que esta fuerza “solo es inteligible en tanto intente aprehender el conjunto de los enfrentamientos que se producen a lo largo y ancho de una sociedad”. Lo cual supone, a su vez, dar cuenta de los múltiples *encuentros* que se dan, leyéndolos como *relación entre fuerzas* desde un doble carácter: un valor *táctico* y uno *estratégico* (Marín, 2018, pp. 117 y 132).

con otras dimensiones de la sociedad” (Zemelman, 1979, p. 1043). Trascender la visión que lo reduce a una fórmula cristalizada en una estructura de dominación, pero a la vez no asociarlo con algo inerte, resulta importante por cuanto permite resituarlo atendiendo a los aspectos dinámicos y procesuales, en función de las clases que “están presentes en el Estado como instancia de relación entre fuerzas”. Esta caracterización problematiza el concepto con nuevos contenidos que amplían el aspecto estricto de la dominación, que “aunque significativa y por demás relevante, es sólo uno entre los varios aspectos para ser considerados en el análisis” (Zemelman, 1979, p. 1045).<sup>12</sup>

Dichos nuevos contenidos se pueden sintetizar en la idea de *voluntad política*, que constituye “el principio activador de la sociedad basado en la praxis de las múltiples fuerzas sociales, a partir de lo económico pero mediado lo económico en sus efectos por las otras dimensiones de la realidad que las fuerzas sociales incorporan como propias” (Zemelman, 1979, p. 1945). Como dirá en su libro clave titulado *Conocimiento y sujetos sociales*, la voluntad colectiva incluye una compleja red de prácticas de los diferentes integrantes de un mismo grupo social, en función de un fin compartido, que por lo general es de largo alcance, si bien en ocasiones puede asumir un carácter coyuntural (Zemelman, 1987b, 151).

Así, el Estado va a estar condicionado por el carácter que asume la constitución de la voluntad política (así como de sus mutaciones, e incluso de las posibilidades de “desconstitución”), que a su

<sup>12</sup> Para Zemelman, no se trata de “aplicar” conceptos, sino de contribuir a su construcción, desde la historicidad y problematizándolos en la función que cumplen de “recortes de la realidad observable”: “el concepto de Estado contiene ciertos universos de observación cuyos componentes empíricos pueden ser los mismos a lo largo del tiempo; no obstante, el recorte parametral puede determinar una configuración articular de relaciones entre estos componentes empíricos, en formas que la observación de los mismos asuma un significado distinto. [...] La observación de los componentes empíricos del concepto debe explícitamente reconocer la situación de objetivación, ya que ésta constituye el marco que fija los límites y alcances de la teorización” (Zemelman, 1983a, p. 161).

vez va a depender de la correlación entre las fuerzas y de su naturaleza cualitativa, según sea la capacidad que se tenga de ejercer la fuerza a partir de la dinámica organizativa, la claridad ideológica, la cohesión interna y los liderazgos, entre otros factores (Zemelman, 1979, p. 1045). Si la historia es concebida como el producto de un dinamismo, la política estará referida a “la constitución de esta dinámica, esto es, a la constitución y desconstitución de los sujetos sociales en interrelación” (Zemelman, 1989, p. 126).

En consecuencia, al insistir en que *una teoría del Estado requiere una teoría de la naturaleza de la lucha política*, busca resaltar que el real objeto del análisis político es este campo, susceptible de descomponerse en la temática de *tácticas y estrategias*, las cuales permiten hacer operativo el concepto de praxis en función de un determinado proyecto histórico (Zemelman, 1979, p. 1046). Haciéndose eco de lo planteado por Gold, Lo y Wright (1977), pocos años más tarde sostendrá que “las estructuras internas del Estado, tanto como las políticas estatales concretas configuradas en el seno de estas estructuras, constituyen objeto de la lucha de clases”, lo cual refuerza la hipótesis ya mencionada de que una teoría del Estado no debe abordar sus estructuras “como hechos históricos dados”, sino intentar la explicación de su desarrollo, de forma tal que se evite un análisis que adquiera un carácter estático (Zemelman, 1986, p. 61).

Asimismo, en un seminario dictado en Santiago de Chile en mayo de 2000, Zemelman volverá a esta espinosa cuestión y apelará a una bella metáfora para problematizar las concepciones tradicionales del Estado, que lo definen como un aparato material de dominación o mera corporeidad cristalizada en instituciones. Transcribimos *in extenso* un fragmento de su intervención, porque no tiene desperdicio y resulta sumamente pedagógico:

Los astrofísicos se han dado cuenta que aquello que consideraban un vacío, no lo es, no hay tal vacío, lo que hay es, más bien, lo que llamamos una sopa cósmica, el equivalente a una sopa que está

calentándose y generando burbujas. Esas burbujas, en la teoría de algunos astrofísicos, son nada menos que el nacimiento y muerte constante del Universo, por lo tanto, no existe un Universo, cristalizado en las llamadas constelaciones observables, en la llamada masa positiva, o visible, sino que hay un Universo, también de materia oscura, que es el noventa y tanto por ciento del Universo. Es decir, lo que vemos es lo menos y lo que no vemos es lo más; pero eso que no vemos es parte de esta sopa cósmica, de esta especie de calentamiento constante del que van surgiendo estas burbujas [...] vemos los grandes cristales, el ámbar, pero no vemos aquello que lo produce. Así, cuando les digo que vemos los fenómenos como productos, pero no vemos lo que genera el producto, evidentemente nos quedamos sin fenómeno. Cuando digo el Estado está, y no vemos que se está construyendo todos los días, no vemos la sopa cósmica del Estado (Zemelman, 2010a, pp. 45-46).

Desde esta tesitura, se torna comprensible su invariante obsesión por el análisis de coyuntura con base en las relaciones de fuerza y en la “recuperación del sujeto” (de las y los sujetos), en tanto son el basamento último (lo “producente”) que permite vislumbrar el sentido de aquello que se construye y disputa a nivel cotidiano. En el límite, más que de un Estado como algo acabado y exclusivamente corpóreo, sería pertinente hablar de un proceso constante y renovado de *estadificar* las relaciones sociales, vale decir, una correlación de fuerzas en pugna y por definición inestable, que tiende a solidificarse o condensarse, transitoriamente, en ciertas instancias o ámbitos materiales.

De manera análoga, en varios de sus escritos posteriores Zemelman definirá al *poder* a partir de lo que considera son sus dos dimensiones fundamentales: 1) como acceso a las instancias de decisión institucionalizada y 2) como capacidad de creación de nuevas instancias decisionales, lo que implica el rompimiento de las estructuras de dominación existentes. En ambos casos, estará condicionado por la existencia o ausencia de una voluntad colectiva (Zemelman, 1989, p. 41). Si por un lado estas instancias se encarnan

ya sea en los aparatos estatales o en organizaciones de la sociedad civil (sindicatos, partidos, entidades gremiales y empresariales), también pueden incluir aquellos espacios creados por sectores en lucha o movilizadados, que tienden a generar nuevos mecanismos de decisión ajenos al quehacer político tradicional (Zemelman, 1987b, pp. 146-147).<sup>13</sup>

Sin desmerecer la importancia que puedan tener las instituciones convencionales del poder político como cristalización material (simbolizadas bajo la metáfora del “ámbar”, y mediante las cuales distintas fuerzas aspiran a hacer efectiva su capacidad de influencia sobre la dirección u orientación de un determinado proceso histórico), Zemelman intentará eludir lo que define como “inclinación estadocrática” (Zemelman, 1989, p. 84), optando por dotar de visibilidad y darle prioridad al *agma* o “materia oscura” de las relaciones conflictivas y las voluntades colectivas con capacidad de viabilizar proyectos históricos. Este sinuoso campo de las fuerzas sociales en disputa será visto desde el prisma gramsciano como una red de vínculos fluidos de cooperación, lucha y/o antagonismo, desplegados en su continuo movimiento y que, en última instancia, coconstituyen y moldean al conjunto de aquellos aparatos y ámbitos decisionales formales, que por regla general son la dimensión más perceptible, vertical y concreta (lo instituido o petrificado) del Estado y el poder.

<sup>13</sup> Por su parte, la dimensión relativa a la *decisión* “apunta a la orientación política que contiene una alternativa en una situación determinada, lo que puede expresarse en un lenguaje muy estructurado (por ejemplo: programas de acción), o en simples acciones espontáneas y esporádicas (por ejemplo: una movilización para impedir la remoción de una autoridad). Es por medio de estas instancias que se resuelve la imposición de una fuerza social sobre otra dando lugar a la regulación de la relación entre las diferentes fuerzas sociales” (Zemelman, 1987b, p. 147).

## Conocimiento, totalidad articulada y praxis emancipatoria

Si algo tiene de interesante el balance sobre el que insiste Zemelman desde ese “mirador” privilegiado de América Latina que es México, es que lejos de ponderar los condicionamientos estructurales y las limitaciones propias del capitalismo periférico y dependiente chileno –que, al decir de ciertas interpretaciones más ortodoxas, tornaban inviable al proyecto encarnado por la Unidad Popular, como ya habían desestimado previamente la posibilidad de una revolución socialista en América Latina, hasta el cimbronazo ocurrido en Cuba–, en su caso se privilegia el *pensar en términos de potencialidades de horizontes posibles*.<sup>14</sup>

Aunque no niega que se encuentra sujeta a regularidades, opta por concebir a la historia –y al conocimiento mismo– como *construcción permanente*, poniendo el énfasis en la praxis y en función de los puntos desde los que se puede activar a lo social, en aras de un quehacer político que tiene a la utopía de lo “inédito viable” como horizonte de futuro. Este rescate de la voluntad colectiva y de sus prácticas, al decir de Zemelman, tuvo como ejemplo emblemático a la experiencia chilena:

La experiencia de la Unidad Popular en Chile, más allá de introducir un cambio en el modelo de desarrollo y de las bases del poder, cuestionó al orden establecido provocando con ello un cambio brusco en la percepción de las posibilidades. *La historia dejó de ser un orden previsible para transformarse en un horizonte de posibilidades insólitas*. Posibilidades que podrían transformarse en realidad tan real como la de la utopía dominante (Zemelman, 1989, p. 50; destacados nuestros).

El itinerario de la política a la historia, que planteamos como hipótesis en su devenir biográfico e intelectual, bien puede servirnos

<sup>14</sup> Como expresará más tardíamente: “Potencialidad como la forma para recuperar la historicidad de lo dado, con todas las posibilidades que contenga, según sea la constelación de sujetos concurrentes en la situación social” (Zemelman, 2005, p. 16).

de pista interpretativa para ponderar lo que, en esta misma senda, será uno de sus mayores aportes al pensamiento crítico latinoamericano en términos filosóficos y epistémicos: su trilogía sobre *Los horizontes de la razón* (Zemelman, 1987a, 1992a, 1992b y 2011). No obstante, esta inquietud centrada en la propia constitución de la realidad y del sujeto epistémico, que cobrará creciente centralidad en sus reflexiones maduras, no equivaldrá nunca a puro “teoricismo” ni a desestimación de la intencionalidad en términos prácticos. Antes bien, tendrá siempre como propósito el transitar de la historia a la política para influir en –y transformar de cuajo– aquello que se busca conocer.

Ese espíritu quijotesco lo acompañará cual certero anticuerpo contra “la simple especulación y el escepticismo”. Con la dialéctica auestas como forma de tornar viable lo potencial, y siendo partícipe de esa voluntad colectiva de revolucionar a la sociedad y al ser humano mismo, se comprometerá una y otra vez en “la decisión de pensar en el futuro, rompiendo los bloqueos históricos y gnoseológicos que impiden vislumbrar algo nuevo fuera de lo que se define como inexorable” (Zemelman, 1992b, p. 26).

Ciencia y política, realidad y utopía, lejos de desencontrarse, son como en Gramsci pares articulables en la obra de Hugo Zemelman, teniendo como punto de juntura a la *praxis histórica*. Y es que para él la potencia del marxismo no está dada solamente por su rigurosidad “científica” o explicativa, sino también, y sobre todo, por su capacidad para cuestionar el tipo particular de relaciones sociales existentes como orden “natural” e imposible de modificar. Lo que define como “reconstrucción articulada de la realidad” supone partir de una perspectiva o punto de vista que es el de la *totalidad*. Más que un concepto o noción teórica, es un modo de organizar la apertura hacia la realidad y, por tanto, el razonamiento categorial o analítico mismo, reconociendo a lo real como articulación compleja de procesos (Zemelman, 1987a, p. 19).

En la senda de Karl Marx (1997), pero con una clara influencia de la relectura hecha entre otros por Karel Kosík (1967),<sup>15</sup> comprende “la realidad en sus leyes internas y las conexiones internas y necesarias, en oposición al empirismo que considera las manifestaciones fenoménicas y casuales”, a partir de una estructura significativa u óptica epistemológica desde la que se delimitan o captan campos de observación de la realidad, no como algo ya construido, sino *en constante movimiento* y bajo la exigencia de “totalizar lo fragmentario”, como una construcción que se aprehende en tanto constituyéndose (Zemelman, 1992, pp. 50 y 54). En efecto, la sociedad en la que vivimos debe ser vista como una unidad contradictoria, síntesis de múltiples determinaciones, pero también de *posibilidades*. Esto implica tener una mirada integral y activa, partiendo de la configuración del conjunto, que es la que en última instancia condiciona a cada uno de los niveles y dimensiones, con temporalidades y ritmos propios, que constituyen a la realidad y distan de ser compartimentos rígidos.

Una de las principales preguntas que siempre surgen en los debates teóricos y políticos es cómo y en qué medida es posible conocer la realidad. Desde el marxismo al que adscribe Zemelman, algo fundamental para esto es entender que se conoce el mundo en la medida en que se lo transforma. Esto significa que es posible conocer el mundo no solamente porque se forma parte de él, sino también debido a que los procesos históricos son movimientos de la *praxis* de las y los sujetos sociales, signados por sus posibilidades de construcción, que activan (e intervienen en) la totalidad

<sup>15</sup> Zemelman remite en primer lugar a la “Introducción” de 1857 a los *Grundrisse* elaborada por Marx y al libro de Karel Kosík *Dialéctica de la concreto*. De acuerdo a este último, “Totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho (clases de hechos, conjunto de hechos). Reunir todos los hechos no significa aún conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aún la totalidad. Los hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es, si no son átomos inmutables, indivisibles e inderivables, cuya conjunción constituye la realidad, sino que son concebidos como partes estructurales del todo” (Kosík, 1967, pp. 55 y 56).

histórico-concreta. La captación de la realidad se organiza por tanto con base en una totalidad de carácter orgánico que contiene una potencialidad en movimiento. En otros términos, esta perspectiva requiere tomar en cuenta la permanente “transformación de los sujetos potencialmente existentes en fuerzas activas de carácter objetivo, que buscan imprimirle una dirección determinada a los procesos sociales” (Zemelman, 1989, p. 55).

### **La política como construcción activa de la historia**

Como vimos, la forma de razonamiento crítico propuesta por Zemelman permite “romper o traspasar la apariencia de los fenómenos”, como por ejemplo ocurre con el Estado cuando se lo vislumbra meramente en tanto aparato material o estructura de dominación, o con el poder y la política concebidos solo como instancias de decisión institucionalizada. Frente a las interpretaciones mecanicistas del marxismo vulgar y a la tendencia a la fragmentación “disciplinar” o pura contemplación propia de las ciencias burguesas, emerge un punto de vista que restituye la idea de totalidad dialéctica y supone un campo de objetividad en el que se incluye lo *subjetivo*, vale decir, lo construible en función de la apertura de lo dado y de reconocer opciones de “estar-siendo” en el proceso histórico. De ahí que asevere que el marxismo consiste en

desenvolver el concepto de política no como ciencia o cuerpo de conocimientos, sino como la forma de razonamiento capaz de activar a la realidad: la síntesis entre totalidad y voluntad. [...] Donde el proceso del conocimiento tiene lugar a través de la praxis que adquiere el *status* de una categoría gnoseológica; en donde el conocimiento es tal solamente si es praxis, esto es, en tanto totalidad activada (Zemelman, 1983c, p. 29).

En cada uno de los libros y artículos que Zemelman produce durante su etapa “madura” (esto es, a partir de la segunda mitad de

los años ochenta y desde los noventa en adelante), hay de manera explícita o solapada una idea-fuerza que amalgama el conjunto de sus reflexiones y conjeturas: la construcción de la historia es un devenir, un proceso de activar las potencialidades que se contienen en el presente, el cual se abre siempre a diversas opciones y futuros, proyectos y direccionalidades, ya que jamás es lineal ni puede reducirse a una constelación de objetos.

La *historicidad* supone para él abrirse a lo posible, siendo la realidad misma una articulación dinámica. Ello no implica, desde ya, negar que asume planos sometidos a lo que denomina “regularidades cristalizadas” (o determinaciones, si adscribimos a un lenguaje más cercano al marxismo clásico), aunque sí pondera la capacidad, por parte de las y los sujetos sociales –a quienes, por cierto, no se debe ceñir a categorías analíticas predefinidas– de moldear y trastocar, desde su praxis intencionada, esa urdimbre de lo real que conjuga hecho y esperanza, “el límite de lo dado y lo que es posible de darse” (Zemelman, 1996, p. 48).

Claro que la crítica al determinismo no equivale a caer en su opuesto simétrico, el voluntarismo. Por eso aclara en más de una ocasión que si bien la realidad es, por una parte, imprevisible en su mutabilidad y a la vez está siendo moldeada por prácticas constructoras de sentido, es preciso reconocer que ella involucra una dialéctica entre lo determinado y la indeterminación, vale decir, una objetividad por definición inacabada e impredecible, por cuanto *no hay historia sin lucha* y esta requiere intencionalidad, desbloqueo, vencer la inercia a partir de la imaginación y el descubrimiento de lo futuro que late o se prefigura en el presente. En suma: “un campo desde el cual poder crear realidades alternativas” (Zemelman, 1996, p. 33).<sup>16</sup>

<sup>16</sup> En la mencionada intervención realizada en La Paz en el marco del seminario internacional “Pensando el mundo desde Bolivia”, sintetizó esa hipótesis en los siguientes términos: “la historia no se construye sólo con sueños, voluntades y con buenos deseos, se construye también con esa frialdad que supone el diagnóstico de las situaciones que se haga con estos *heroicos furoros* de Bruno, esta conciencia lúcida acompañada de

En los planteos zemelmanianos más tardíos, creemos que puede leerse en filigrana una crítica (y por qué no, también una autocrítica a ciertas posiciones suyas precedentes) con respecto a las posturas vanguardistas de buena parte de las izquierdas, que consideraban como prioritario el dirigir o “acaudillar”, en un sentido estrictamente político, a los diferentes sujetos, organizaciones y grupos subalternos, en el marco de un proceso revolucionario en curso. Con el transcurrir del tiempo, si bien mantiene la idea de *direccionalidad*, transmuta su significación en un sentido más pedagógico y de autoactividad (o “autodirección”, como la llama), esto es, en tanto *praxis intencionada* que rompe con la pasividad y el bloqueo histórico, logrando irradiar una concepción del mundo de nuevo tipo y forjando una realidad alternativa desde la voluntad colectiva.

Al mismo tiempo, otra cuestión que va a revisitar es la relación conflictiva entre dinanismos sociales y estructuras institucionales. ¿Cómo evitar restringir la fuerza y potencialidad de una subjetividad colectiva al encuadre de un formato organizativo particular? ¿Cómo lograr la persistencia de la energía o fuerza sin que se desgaste en las instituciones? ¿De qué manera poder dar cuenta de los fenómenos históricos, atendiendo a su complejidad y dinamismo, así como a sus temporalidades y escalas, que son a la vez macro- y microsociales? Lejos de las respuestas acabadas, Zemelman reconocerá:

Quizá uno de los grandes desafíos que nos hereda el siglo XX sea precisamente la complejidad de los sujetos que construyen la historia, que están detrás de los fenómenos que queremos estudiar y que son demasiado complejos; sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades (Zemelman, 2005, p. 78).

---

la voluntad de la que hablaba Gramsci hace mucho tiempo” (Zemelman, 2010, p. 332; destacado en el original).

Abrirse a lo inédito, saber pensar desde lo desconocido y transgrediendo los límites teóricos aceptados, priorizar el “dándose” por sobre lo dado, a las y los “productores” sobre aquello producido, de manera tal que se puedan captar realidades potenciales aquí y ahora, va a equivaler para Zemelman a tener *conciencia de la historicidad del momento*. Caso contrario, se corre el riesgo de invisibilizar la capacidad constructiva de las y los sujetos, subordinando su accionar a “mecanismos de petrificación” o a “espacios de realidad que se agotan en lo institucionalizado” (Zemelman, 2012, p. 175).

Por lo tanto, delimitar *lo político* “como la capacidad social de re-actuación sobre circunstancias determinadas para imponer una dirección al desenvolvimiento sociohistórico”, dirá, “nos coloca ante la necesidad de recuperar la dimensión utópica de la realidad”, en cuanto “contiene varias posibilidades de desenvolvimiento, susceptibles de activarse por las prácticas de los sujetos sociales” (Zemelman, 1989, pp. 29 y 36). En síntesis, se trata de concebir a lo político como “la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables” (Zemelman, 1989, p. 83).

## **Palabras para un final abierto (como la historia y la política)**

A lo largo de este artículo nos propusimos dar cuenta de las reflexiones y aportes críticos formulados por Zemelman en su abultada obra, poniendo el foco en el Estado, el poder y la política, no tanto concebidas como categorías acabadas, sino asumiéndolas desde una perspectiva que hace propio el desafío de estudiar aquello que nunca está quieto ni sujeto a leyes rígidas, dando cuenta de su movimiento y sus nudos de activación abiertos a múltiples posibilidades. Si sus análisis de coyuntura buscaron “penetrar en la hondura de lo potencial”, sus conjeturas epistémico-políticas nos llamaron la atención acerca del peligro de reducir las teorizaciones

a contenidos y definiciones cristalizadas, negando así la incompletud constitutiva de lo dado.

Más que reemplazar unos conceptos por otros, para él se trata de ampliar la visión desde la cual se piensa, lograr erguirse y vivir todo acto de conciencia “como forma de rebeldía frente a lo que permanece ajeno e inerte” (Zemelman, 2007, p. 13). De hecho, de su pensar crítico (y autocrítico) podríamos decir lo que supo expresar –retomando a Gramsci– respecto del marxismo: ha ido creciendo y enriqueciéndose junto con el devenir histórico y las afectaciones desplegadas en el ámbito de su experiencia.

Contrario a todo reduccionismo y a la inexorabilidad histórica, su propuesta de análisis y estudio riguroso de la realidad apeló a escudriñar lo no explorado, con la totalidad como perspectiva de descubrimiento y asumiendo la existencia de voluntades colectivas en constante proceso de constitución, disputa y, por qué no, también de “desconstitución”. Si el razonamiento teórico desde la pura determinación impide recuperar la dimensión del proyecto histórico en el análisis, la *política* se distingue según él por su forma activa y crítica, aunando potencia y direccionalidad, memoria e imaginación, praxis y capacidad de crear historia en circunstancias particulares. Tal como se ha intentado demostrar, ella no enfatiza un aspecto como más determinante que otro; más bien representa el campo de realidad donde se despliegan los procesos que la articulan como tal (Zemelman, 1989, p. 78).

No caben dudas de que el actual contexto de crisis civilizatoria por el que transitamos nos obliga a poner a prueba y recrear a estos y cada uno de los señalamientos y herramientas que forjó Hugo Zemelman, planteándonos inevitables preguntas sobre los límites y posibilidades de la praxis política y las transformaciones radicales que se viven en las distintas realidades de América Latina y el Sur global. En este andar temeroso e incierto, acaso la contradicción y el movimiento, como motores dialécticos, resulten un poderoso aguijón frente a quienes adolecen de sueños y esperanzas.

Más que nunca, se trata de seguir hurgando en los intersticios de una realidad ambivalente y sombría, pero plagada de potencialidad y abierta a lo indeterminado, sin desatender los alcances éticos del acto de conocer y con la utopía a cuestas, hasta que ella se convierte en viable y permita “forjar proyectos de vida en los que la política devenga en historia hecha conciencia y presente” (Zemelman, 1996, p. 60). Será cuestión de transformar, una vez más, la praxis política en epistemología del futuro.

## **Bibliografía**

Benjamin, Walter (2007). *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*. Buenos Aires: Piedras de Papel.

Borón, Atilio (1977). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2).

Cueva, Agustín (1976). La fascistización en América Latina. *Revista Nueva política*, (1).

Cueva, Agustín (1978). La cuestión del fascismo en América Latina. *Revista Cuadernos Políticos*, (18).

Gold, David; Lo, Laurence y Wright, Erik Olin (1977). Recientes desarrollos en la teoría marxista del Estado capitalista. En Heinz Sonntag y Héctor Valecillos (Comps.), *El Estado en el capitalismo contemporáneo*. México: Siglo XXI.

González Casanova, Pablo (Ed.) (1990). *El Estado en América Latina: teoría y práctica*. México: Siglo XXI.

Kosík, Karel (1967). *Dialéctica de lo concreto. (Estudio sobre los problemas del hombre y del mundo)*. México D. F.: Grijalbo.

Lechner, Norbert (1977). *La crisis del Estado en América Latina*. Caracas: El Cid Editor.

Marín, Juan Carlos (2018). *Antología de escritos*. México: UNAM/Plaza y Valdés Editores.

Marx, Karl (1997) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México: Siglo XXI.

O'Connor, James (1974). *Estado y capitalismo en la sociedad norteamericana*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.

O'Donnell, Guillermo (1982). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (Eds.) (2019). *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO/El Colectivo.

Paredes, Juan Pablo (2013). El presente potencial y la conciencia histórica. Realidad social, sujeto y proyecto. A la memoria de Hugo Zemelman. *Polis*, (36).

Portantiero, Juan Carlos (1977). Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973. *Revista Mexicana de Sociología*, (39).

Retamozo, Martín (2015). La epistemología crítica de Hugo Zemelman: política y metodología (o una metodología política). *Estudios Políticos*, (36).

Scolnik, Sebastián (2021). *Nada que esperar. Historia de una amistad política*. Buenos Aires: Tinta Limón/Lobo Suelto.

Traverso, Enzo (2018). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zavaleta, René (1976). El fascismo y la América Latina. *Revista Nueva política*, (1).

Zea, Leopoldo (1976). Fascismo dependiente en Latinoamérica. *Revista Nueva política*, (1).

Zemelman, Hugo (1971). El movimiento popular chileno y las alianzas de clases en la década de 1930. En *Génesis del proceso político actual*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú.

Zemelman, Hugo (1972a). La oposición política al Gobierno de Allende. *Revista de Sociología*, (1).

Zemelman, Hugo (1972b). Los conceptos de praxis y totalidad en el análisis regional. *Revista de la Escuela de Ciencias Políticas*, segundo semestre.

Zemelman, Hugo (1972c). Factores determinantes en el surgimiento de la conciencia de clase. En H. Zemelman y D. Lehmann, *El campesinado: clase y conciencia de clase*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Zemelman, Hugo (1973). "La reforma agraria y las clases dominantes. En Solon Barraclough (Comp.), *Chile: reforma agraria y gobierno popular*. Buenos Aires: Periferia.

Zemelman, Hugo (1974a). *El tiempo y el espacio en el análisis regional*. Buenos Aires: CLACSO.

Zemelman, Hugo (1974b). El nudo gordiano de la vía chilena al socialismo. *Revista Nueva Sociedad*, (10).

Zemelman, Hugo (1976). Acerca del fascismo en América Latina. *Revista Nueva política Número*, (1).

Zemelman, Hugo (1977). *El proceso chileno de transformación y los problemas de dirección política 1970-1973*. México D. F.: El Colegio de México.

Zemelman, Hugo (1978a). *Conocimiento y sujetos sociales; contribución al estudio del presente*. México D. F.: El Colegio de México.

Zemelman, Hugo (1978b). Los regímenes militares en América Latina, ¿problema coyuntural? Notas para una discusión sobre la hegemonía burguesa. *Revista Mexicana de Sociología*, XL(3).

Zemelman, Hugo (1979). Acerca del estudio del Estado: notas metodológicas. *Revista Mexicana de Sociología*, XLI(3).

Zemelman, Hugo (1980a). Democracia y militarismo. *Revista Mexicana de Sociología*, XLII(3).

Zemelman, Hugo (1980b). Desde la toma del poder político hasta el poder revolucionario. *Revista Nueva Antropología*, (16).

Zemelman, Hugo (1983a). Desestabilización y dirección política. En Pablo González Casanova (Comp.), *No intervención, autodeterminación y democracia en América Latina*. México: UNAM/Siglo XXI.

Zemelman, Hugo (1983b). En torno de lo histórico presente. *Historiae Variae*, I.

Zemelman, Hugo (1983c). *Historia y política en el conocimiento (Discusión acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica)*. México D. F.: UNAM.

Zemelman, Hugo (1984). Conocimiento sociológico y actualidad del ensayo. *Estudios Sociológicos*, 2(4).

Zemelman, Hugo (1985). Política y análisis en René Zavaleta Mercado. *Estudios Sociológicos* 3(9).

Zemelman, Hugo (1986). *Estado, poder y lucha política*. México D. F.: Villicaña.

Zemelman, Hugo (1987a). *Uso crítico de la Teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*. México D. F.: El Colegio de México/ Universidad de las Naciones Unidas.

Zemelman, Hugo (1987b) *Conocimientos y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. (Alicia Martínez, col.). México D. F.: El Colegio de México.

Zemelman, Hugo (1989). *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. México D. F.: Siglo XXI.

Zemelman, Hugo (1990). Chile: el régimen militar, la burguesía y el Estado (panorama de problemas y situaciones (1974-1987). En Pablo González Casanova (Comp.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México D. F.: Siglo XXI.

Zemelman, Hugo (1992a). *Los horizontes de la razón I. Dialéctica y apropiación del presente*. Barcelona: Ánthropos.

Zemelman, Hugo (1992b). *Los horizontes de la razón II. Historia y necesidad de la utopía*. Barcelona: Ánthropos.

Zemelman, Hugo (1995). La democracia latinoamericana, ¿un orden justo y libre? (discusión sobre algunos dilemas coyunturales: notas conceptuales). *Revista Estudios Latinoamericanos*, (4).

Zemelman, Hugo (1996). *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. México D. F.: El Colegio de México.

Zemelman, Hugo (2003). Hacia una estrategia de análisis coyuntural. En José Seoane (Ed.), *Movimientos sociales y conflictos en América Latina*. México D. F.: CLACSO.